

CAPÍTULO XXIII

DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL EXTREMADO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABÍA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, CUYA IMPOSIBILIDAD Y GRANDEZA HACE QUE SE TENGA ESTA AVENTURA POR APÓCRIFA

- [...] Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos; volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejjunta y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carmemomia, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesión y cantaban, o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; y que si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza. "Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazón por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante."

### I. Localización.

El texto propuesto para el comentario es un fragmento del capítulo XXIII de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* (1615). Aunque concebido por Cervantes como una parodia cuya intención era ridiculizar los libros de caballerías tan en boga en la época, la maestría e innovación en el terreno novelístico que supuso el *Quijote* y su riqueza significativa es de tal alcance que se la considera indiscutiblemente una de las cumbres de literatura universal.

El protagonista de la novela es Alonso Quijano, un hidalgo pobre que, enloquecido por su desmedida afición a los libros de caballerías, toma la determinación de convertirse en caballero andante y lanzarse en busca de aventuras en que pueda demostrar su valor, favorecer a los débiles y defender la justicia. Desde su segunda salida, el rústico Sancho Panza lo acompañará como escudero en sus múltiples aventuras.

Uno de los episodios más destacados de la segunda parte es el de la Cueva de Montesinos. En el capítulo XXII, después de las bodas de Basilio y Quiteria, Don Quijote se propone descender a esa célebre cueva, atraído tanto por el nombre (Montesinos era un héroe famoso de los romances viejos) como por las maravillas que de ella se cuentan. Un licenciado con el que había coincidido antes de las bodas les proporciona como guía a un primo suyo, que resulta ser un erudito chiflado. El primo les conduce a la entrada de la cueva; allí atan a Don Quijote con una soga y lo descuelgan por la abertura. Don Quijote desciende un buen trecho hasta que, cansado, se introduce en un entrante y da voces a Sancho y al primo para que no suelten más cuerda. Pero Don Quijote se halla a tal profundidad que ya no le oyen, y siguen soltándola. No le queda más remedio que esperar a que vuelvan a izarle; de modo que se sienta y, fatigado, se duerme. Al cabo de media hora, Sancho y el primo tiran de la soga y lo sacan al exterior.

## 1. Contenido.

El capítulo XXIII se ocupa, como nos indica el título, *De las admirables cosas que el extremo Don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos*. Don Quijote ejerce aquí de narrador, y obviamente su personalidad condiciona el relato. Sancho y el primo, que le interrumpen varias veces con sus comentarios, son los destinatarios internos de esa narración. Lo que cuenta Don Quijote una vez arriba es el sueño que tuvo al quedarse dormido en la cueva; sin embargo, Don Quijote dudará de si lo que le ha ocurrido es real o no, pues lo primero que soñó fue que despertaba en un ameno prado.

A continuación, relata Don Quijote, vio un palacio de cristal, del que salió para recibirle un anciano con un incongruente atuendo de estudiante, que se le presentó como el mismo Montesinos de las leyendas carolingias. Montesinos confirma que es verdad lo que en el Romancero se cuenta de él: cumpliendo la voluntad del propio Durandarte, le arrancó el corazón tras su muerte en Roncesvalles y lo llevó a su amada Belerma.

Ejerciendo como guía en su viaje subterráneo, Montesinos le muestra a Durandarte, que yace sobre un sepulcro, recitando maquinalmente su propio romance. Montesinos le repite una vez más a Durandarte cómo cumplió su encargo y lo que ocurrió después, y le dice que Don Quijote ha venido para librarlos del encantamiento en que los tiene Merlín desde hace quinientos años.

El texto que vamos a comentar comienza en este momento. Prescindiendo de las interrupciones de Sancho, el relato de Don Quijote se compone de diversos episodios, que pueden caracterizarse como encuentros o visiones de sucesivos personajes: Montesinos, Durandarte, Belerma y, por último, Dulcinea y una de sus doncellas. El fragmento seleccionado corresponde a la visión, en el sueño de Don Quijote, de la procesión fúnebre de Belerma y sus doncellas.

En este episodio (y en todos los del sueño de Don Quijote) se advierte una constante: la presencia de elementos incongruentes o groseramente prosaicos, que podemos atribuir al carácter onírico del relato. Ahora bien, en la medida en que el sueño es una elaboración del subconsciente de Don Quijote, sus visiones nos revelan aspectos fundamentales del estado interior del protagonista en este momento de la novela. La concepción sublime de los héroes romancero que tiene Don Quijote en vigilia sufre en su sueño un burlesca degradación, que culmina cuando una de las doncellas de Dulcinea (traída al sueño por asociación con Belerma, con la que comparte los atributos de gran dama y víctima de encantadores) pide dinero prestado a Don Quijote. El episodio que vamos a comentar y el capítulo en conjunto manifiestan, en definitiva, las dudas íntimas de Don Quijote sobre los ideales caballerescos y sobre su proyecto de restaurar la caballería andante.

## 2. Estructura.

Los distintos episodios del sueño presentan una técnica compositiva similar: primero Don Quijote da cuenta de lo que ve, y a continuación Montesinos, cumpliendo una función de guía en ese mundo extraño, explica a Don Quijote lo que está viendo. Este modelo sufre variaciones, pero se cumple perfectamente en el episodio de Belerma, donde apreciamos dos partes:

- La descripción que traza Don Quijote de la procesión fúnebre y de Belerma, que abarca desde el principio hasta “seco y amojamado.” Don Quijote va dando cuenta de lo percibe y supone: *Oyéronse..., Volví la cabeza y vi... , Venía una señora, que en la gravedad lo parecía... , A lo que pude divisar...*
- La explicación de Montesinos (desde “Díjome Montesinos...” hasta el final), que se reproduce primero en estilo indirecto y luego en estilo directo.

La estructura del texto se rige, por otra parte, por una gradación ascendente: los elementos ridículos u ordinarios que Don Quijote percibe son confirmados y ampliados por Montesinos, resultando una paulatina degradación de la figura de Belerma.

## 3. Estilo.

El estilo culto y elevado que caracteriza normalmente el habla de Don Quijote chocará, como ya

Miguel de Cervantes: “Don Quijote de la Mancha”  
Comentario de texto.

hemos anticipado, con la necesidad de relatar fielmente lo que ha visto, con sus detalles prosaicos y hasta groseros. A menudo intentará atenuar estilísticamente esos elementos vulgares y mantener la dignidad expresiva; ello es un reflejo de su admiración que profesa en vigilia a los héroes caballerescos. Pero no logra evitar un contraste entre ese estilo apropiado a lo heroico y la degradación a que están sometidos los héroes en el sueño.

Esta elevación expresiva es visible en su descripción de la marcha fúnebre; comienza ponderando las muestras de dolor que oyó con bimbraziones y paralelismos:

Oyéronse en esto *grandes* alaridos **y** llantos,  
acompañados de *profundos* gemidos **y** angustiados sollozos;

Crea así un efecto de suspensión, pues no conocemos aún la causa de tantos lamentos. A través de las paredes de cristal del palacio (elemento maravilloso que puede hallarse en los libros de caballerías) ve su procedencia: una procesión de hermosas doncellas de luto

con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco.

Damas cristianas con turbantes turcos, y blancos, frente al luto de sus vestidos: es uno de los muchos elementos absurdos del sueño (también el caballero Montesinos va ridículamente vestido de estudiante, quizá por asociación con el primo, pues ambos desempeñan la función de guía de Don Quijote). De la procesión fúnebre pasamos al retrato de Belerma, cuyas ropas tienen la misma incongruencia, más ridícula al aumentar su tamaño:

vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras;

Más obvia es la degradación que se produce acto seguido en su retrato físico. La hermosísima Belerma del Romancero, que desató la pasión del gran Durandarte, no tiene nada de hermosa, por más que Don Quijote, incapaz de comprender lo que ha visto, se esfuerce en paliar sus defectos con lótopos y expresiones atenuadoras:

era cejijunta y la nariz **algo** chata;  
la boca grande, **pero** colorados los labios;  
los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y **no bien** puestos, **aunque** eran blancos...

Y cuando esperamos alguna comparación tópica y enaltecedora (p. ej. “como perlas”), nos encontramos con

como unas peladas almendras;

Todos sus rasgos, pues, se hallan fuera de los cánones de la belleza. El efecto burlesco de la degradación culmina, al final del retrato, al observar el corazón que Belerma trae en las manos, envuelto en una delgada tela. Ese corazón, sede poética de la valentía y el amor de Durandarte, es ahora

un corazón de carnemomia, según venía seco y amojamado.

Ya antes Montesinos ha explicado cómo, tras arrancarle el corazón a Durandarte, le había echado “un poco de sal”, para que “no oliese mal, y fuese, si no fresco, a menos amojamado, a la presencia de la señora Belerma”: un burlesco y poco heroico detalle que no se encuentra, por supuesto, en los romances del ciclo carolingio por los que Don Quijote conoce la historia. Esta elaboración de su subconsciente, junto a la fealdad de Belerma, muestra hasta qué punto se ha producido en el interior de Don Quijote una desvalorización de los admirados héroes del romancero.

La segunda parte del fragmento, como hemos indicado, es la glosa de Montesinos a lo que Don Quijote ha visto. Montesinos mantiene el estilo elevado y las atenuaciones, como si fuese un

desdoblamiento en el sueño del propio Don Quijote; pero, como veremos, introduce todavía más detalles grotescos y prosaicos, encarnando quizá su lado más escéptico y realista.

Comienza identificando a los personajes que ha visto: los de la procesión son sirvientes, y la señora es en efecto Belerma. Todos ellos celebran esa procesión “cuatro días en la semana”, cumpliendo una vulgar rutina (también Durandarte repite su propio romance como un autómatas, sin oír a Montesinos). A continuación alude con lýtotes y atenuaciones (como Don Quijote) a la fealdad de Belerma:

y que si me había parecido **algo fea, o no tan hermosa** como tenía la fama,

Con el fin, aparentemente, de justificar su inesperada fealdad como algo transitorio, debido al dolor:

era la causa las *malas noches y peores días* que en aquel encantamiento pasaba,  
como lo podía ver *en sus grandes ojeras y en su color quebradiza*.

Todo ello con elegante habla (bimembración, gradación y falsa antítesis en *malas noches y peores días*, bimembración con inversión de adjetivo y sustantivo al final). Pero lo que hace en realidad es añadir nuevos rasgos de fealdad que no había notado o descrito Don Quijote (*grandes ojeras y color quebradiza*).

La última frase de Montesinos, ya en estilo directo, comienza precisamente repitiendo estos rasgos en lugar de eludirlos (“Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras...”) para hacer luego una precisión absolutamente innecesaria:

“Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas;

Su mal aspecto no le viene del *mal mensil*, pues hace años que no le *asoma por sus puertas*, dice con metáfora eufemística. No había ninguna necesidad de citar, para negarla, esta causa indecorosa y del todo improbable en el contexto heroico y sobrenatural del encantamiento. Se trata, por supuesto, de introducir en la explicación nuevos detalles cómicos que degradan todavía más lo visto por Don Quijote.

La mala cara de Belerma se debe, termina Montesinos, al dolor de su corazón “por el [corazón] que tiene en las manos” (elipsis que juega con el sentido de literal y figurado de *corazón*) que “le renueva y trae a la memoria” a Durandarte. Esta razón ya estaba sobradamente sugerida al explicar la dolorosa procesión y las *malas noches y peores días* que pasaba Belerma, lo que hace aún más patente la intencionalidad de la alusión al *mal mensil*.

#### 4. Conclusión.

El análisis del fragmento nos muestra la maestría con que Cervantes, considerado el creador de la novela moderna, incorpora una técnica innovadora: el sueño como modo de describir el estado interior del personaje. El relato que Don Quijote efectúa de su sueño mantiene un contraste continuo entre la elevación del estilo (con sus intentos de atenuación) y la progresiva degradación a que son sometidas las figuras de la cueva. Tal contraste refleja el mismo que existe entre el espíritu valeroso y emprendedor que muestra al mundo y las dudas que, en su fuero interno, empieza a tener sobre la viabilidad de su proyecto caballeresco; dudas hasta ahora ocultas al lector, pero que se nos revelan en la grotesca reelaboración de un mundo heroico que inconscientemente ha producido el sueño. El desarrollo posterior de la obra confirma esta impresión: la determinación y energía del caballero se van debilitando, antes incluso de su derrota frente al Caballero de la Blanca Luna.

Al mismo tiempo el uso del sueño, con esa antítesis total entre lo que Don Quijote esperaba ver y lo que efectivamente ve, permite a Cervantes burlarse del ficticio heroísmo de buena parte del romancero, extendiendo a ese campo su parodia de la novela de caballerías. Y ello con la total libertad que permite el mundo de los sueños, haciendo gala, en la creación de motivos incongruentes y cómicos, de una extraordinaria inventiva. No es de extrañar que el resultado sea uno de los capítulos más ricos y divertidos del *Quijote*.